

## SUBJETIVIDAD DAÑADA Y NORMALIDAD PSICOLÓGICA

J & J

Hace casi un año se admitía a trámite en el Congreso la proposición de ley de salud mental de Unidas Podemos. Ya en su exposición de motivos se enuncia toda una declaración de intenciones al sostener que:

«La salud mental, como la salud en general, debe ser promovida con políticas públicas integrales que erradiquen la pobreza, la exclusión y las desigualdades sociales y garanticen los derechos sociales y laborales. Sin perjuicio de lo anterior, los poderes públicos también tienen el deber de implementar las actuaciones necesarias para avanzar en la prevención, promoción y atención a la salud mental»<sup>179</sup>.

179. Proposición de Ley General de Salud Mental, del 17 de septiembre de 2021.

Algo debería hacernos sospechar cuando la socialdemocracia, afianzada desde hace más de un siglo en la butaca pro-

180. Rose, N.; *Inventing ourselves: Psychology, Power, and Personhood*, Cambridge Studies in the History of Psychology, 2010, p. 134.

gresista del capital, proclama con orgullo la necesidad de alcanzar una salud integral en toda la sociedad y ponerlo como una de las prioridades de los poderes públicos. La verdad de esta sospecha reside en el hecho de que la salud, sobre todo cuando es ensalzada tan abstractamente, actúa como *pretexto ideológico* para políticas que poco tienen que ver con la consecución de un bienestar general.

La construcción del Estado de bienestar, buque insignia de la socialdemocracia, tuvo desde su génesis el propósito contrario a aquel que anunciaba en su nombre —o, podríamos decir, quizás más acertadamente, que el bienestar promulgado era más un medio del que valerse que un fin en sí mismo—. En un interesante pasaje sobre las políticas públicas británicas en tiempos de guerra, Nikolas Rose expone cómo el suministro de bienes y servicios de una manera eficiente era deseable sobre todo en términos psicológicos: “*good government was now to have to take account of the mental health of those governed*”.<sup>180</sup> El buen Estado, al igual que el buen padre de familia, es aquel que se preocupa por quienes tiene a su cargo; bajo su ala protectora se puede y se debe encontrar cobijo. Pero en la relación de protector-protégido hay siempre un desequilibrio directamente proporcional al estatus de poder que hay que preservar. El conocido dicho de «no muerdas la mano que te da de comer» omite a propósito que esa misma mano es la que previamente te ha quitado la posibilidad de alimentarte por ti mismo. Así, el beneplácito del Estado no es más que la constatación de ese desarme que ha acaecido objetivamente; el desamparo posterior hace que el hijo pródigo, despojado de toda alternativa realizable, consienta en cumplir el rol social que le corresponde.

Las connotaciones de lo hasta ahora comentado son graves: ¿es entonces preferible una sociedad continuamente asediada por hambrunas y enfermedades que una eminentemente sana, por mucho que la salud sea instrumentalizada políticamente? La respuesta obvia sería, evidentemente, «no», pero el problema de una pregunta así es que olvida

que los conceptos, incluso aquellos que son consustanciales a la naturaleza —el deterioro y la muerte del cuerpo son el límite infranqueable al que la transformación humana está irremediabilmente ligada—, no son unívocos, sino que están mediados socialmente. Aunque quisiéramos apresurarnos a afirmar categóricamente que la enfermedad no es deseable, lo cierto es que, dado que la esencia misma de enfermedad varía constantemente, toda alusión a la misma que no tenga en cuenta cómo esta *ha sido constituida* será una consigna vacía y, muy seguramente, cómplice de la represión.

La sociedad sana actúa así como mantra ligado al de la civilización y al de la ausencia de conflictos. La enfermedad es, entonces, lo que obstaculiza la realización de dicho mantra. En este entrelazamiento es donde empieza a adquirir sustancia el concepto; la abstracción de la que partíamos va poco a poco concretándose. Comenzamos a vislumbrar cómo la enfermedad es mucho más que el mero fallo orgánico: es el sello con el que se marca todo reflejo deformado de la imagen de salud previamente proyectada. Y si en las afecciones físicas sobran ejemplos de esta transmutación —cualquier enfermedad infecciosa o discapacidad habla más de la percepción externa que del individuo que la sufre—, en lo que se refiere a cuestiones anímicas directamente los ejemplos constituyen la regla misma. Aquí no existen las excepciones: el ideal normativo de salud se impone siempre con mano de hierro.

¿Qué determinaciones tiene la salud mental y cómo ha llegado a elevarse a discurso hegemónico, a pegamento con el que mantener intacta la legitimidad del orden establecido?<sup>181</sup> Dado que hemos comenzado de una manera un tanto abstracta, conviene ahora detenerse con más detalle en el análisis de su concepto, con la idea de que al llegar al final del recorrido podamos volver al punto de partida y caracterizar de qué manera, hoy, nuestra subjetividad está mediada y dominada por las estructuras generadoras de tales discursos.

181. Para que el dominio sea efectivo hay dos factores predominantes a tener en cuenta. Está el elemento objetivo, la compulsión propia del capitalismo que se reproduce en cada esfera de la vida (pues el trabajo está siempre presente, ya sea en el sufrimiento del propio como en el disfrute del ajeno) y que mantiene secuestrado el vínculo entre producción y consumo, entre la vida y lo necesario para poder vivir. Pero también hay un elemento subjetivo, en íntima relación con la ideología. Esta es la necesidad que tiene el poder de ser legitimado socialmente para garantizar su estabilidad en el tiempo. La salud mental es, en este sentido, la argamasa perfecta. Si aquellos que sufren emocional y psicológicamente encuentran refugio en las instituciones, su sensación va a ser de agradecimiento. Ya no es solo que la buena salud sea favorable al capital en tanto que requisito fundamental para poder vender la fuerza de trabajo y producir, es que esa provisión redunde en el objetivo último de la civilización: lograr una armonía tal que lo existente se instaure como la única realidad concebible.

## 1. SOBRE EL CONCEPTO SALUD MENTAL

Las dificultades de aproximarse críticamente al concepto de salud mental son principalmente dos. Por un lado, dada la penosa popularidad de las diferentes manifestaciones de sufrimiento típicas de nuestra época, el concepto se ha extendido como la pólvora. No solo es que todo el mundo, desde la OMS hasta la asociación vecinal de tu barrio, hable y escriba sobre él, es que además se hace desde un lugar y con una retórica que coarta de principio cualquier problematización que se pueda hacer del mismo. La discusión asume sin controversia la caracterización conceptual que sirve como premisa para, a continuación, dirimir qué aplicación es más adecuada o qué política implementaría mejor su espíritu. Es decir, hay una aceptación generalizada sobre el *contenido* del concepto, dedicándose todos los esfuerzos al debate sobre cuál debe ser la *forma* que este debe adoptar.

La trampa está urdida. ¿Acaso no es justamente reivindicable la importancia de estar sanos mentalmente, más inclusive cuando la mayor parte del sufrimiento proviene de este conflicto entre el sujeto y el colectivo, entre la conciencia individual y la conciencia social? Todos los actores implicados tienen implícitamente esta pregunta en la cabeza, desde las facciones más apologéticas del sistema sanitario tal cual es en la actualidad hasta aquellas voluntades críticas que, pese a rellenar decenas de papers y horas de charlas sobre «salud mental y capitalismo», no alcanzan a cuestionar la lógica que antecede a las bases del debate. La respuesta es, como no podría ser de otra manera, ambivalente. Sí, en tanto que dicha reivindicación puede revelar negativamente el proceso de formación de la subjetividad y sus correspondientes puntos de ruptura. No, en tanto que, así formulada, la pregunta redundante en un discurso tendencioso.

Lo tendencioso deriva, como ya habíamos adelantado, de las concepciones más generales de salud y enfermedad. Hay que notar que la salud mental siempre hace referencia a una

*ausencia*: es un estado de supuesto equilibrio nunca concretado que se quiebra por los diferentes avatares de la vida. Ante ese vacío la apuesta es clara: hay que parar el derrumbe y recomponer poco a poco la estabilidad pretérita. Pero como el proceso de «recuperación» parte siempre del estado dañado, ¿a qué estado se supone que se tiene que volver? Podría ser el de la persona en cuestión antes del conflicto, pero casi nunca es rastreable un *punto cero* así —a veces el desequilibrio buscado es una variedad múltiple de detonantes que no pueden ponderarse u ordenarse cronológicamente, o incluso puede tratarse de un suceso tan remoto que es completamente ridículo plantear un retorno de esas dimensiones—. Tal estado primigenio debe ser otro, uno que, en lugar de encontrarse en el historial individual del afectado, pueda actuar como medida ideal de referencia. El sujeto de la recuperación sigue siendo real, pero el objetivo que debe guiarlo ya no; la salud mental se erige como un espejismo al que *nadie puede llegar nunca*.

A este espejismo le podemos llamar, simple y llanamente, *normalidad*. Al contrario de lo que la palabra evoca intuitivamente, la normalidad no es, de ningún modo, sinónimo de habitualidad. Su realidad efectiva consiste en actuar como baremo frente al cual medirse y comprobar si la desviación rebasa el límite de lo tolerable. En este sentido, su rasgo definitorio es el de la alarma o la sospecha. La macabra ironía está en que, aunque nadie cumpla a rajatabla los requisitos de esta quimera, su sola presencia hipotética sirve por igual de condena y de salvaguarda. Para los que ni por asomo pueden verse apelados por los parámetros que impone, la marginalidad está garantizada; para los que se encuentran seguros en el lado de la racionalidad adaptativa, el reflejo de la normalidad mantiene a salvo la identidad expulsando fuera de sí la imagen de la deformación —la cual no es otra que la de la enfermedad—<sup>182</sup>.

Ligada a esta idea de normalidad está su contraparte necesaria: el constreñimiento de aquello que se desvía de la norma. En la salud mental está implícito este nexo desde el

182. Basaglia, F.; La institución negada y otros escritos, Ed. Irrecuperables, 2021, p. 108: «la exclusión del enfermo libera de este modo la sociedad de sus elementos críticos y confirma al mismo tiempo la validez del concepto de norma que ha establecido».

mismo momento en que lo deformado («lo demoníaco» dirían los antiguos tribunales eclesiásticos, «lo desadaptado o disfuncional» dirían ciertos modelos de terapia y «lo disminuido» diría nuestra querida Constitución en su Título I) no se limita a estar en conflicto, sino que estorba hasta el punto de que se hace vital modificarlo. Y esta necesidad la tiene tanto el sistema como el individuo, que no puede hacer más que reflejar pasivamente los designios de aquel. La preocupación por la salud mental es la preocupación por la ineficiencia colectiva a la hora de extender la normalidad psicológica a cada miembro del cuerpo social, de generalizar el sentido común capitalista.

A partir de aquí podemos percatarnos de que la otra dificultad que adelantábamos al comienzo del epígrafe radica en este encubrimiento, en una inversión en los términos que desdibuja el origen del sufrimiento psíquico y lo mantiene postergado en un eterno limbo de indefinición. Su formulación difusa y vaga, lejos de ser casualidad o producto de una mala praxis, es coherente con la postura ecléctica que ha conseguido hacer de la salud mental uno de sus más preciados caballos de batalla.

El eclecticismo teórico es una de las señas de identidad de la socialdemocracia porque su proyecto político depende en gran medida de ello. Su acción recae continuamente en una contradicción en los términos donde medios y fines nunca se corresponden. En la proposición de ley mencionada en la introducción se puede comprobar manifiestamente este asunto:

*«Artículo 33. De la contención mecánica.*

*1. Todos los centros implementarán los cambios pertinentes en el funcionamiento de los servicios destinados a posibilitar la regulación y tender a la eliminación de la contención mecánica y otras formas de coerción, farmacológicas o de otro tipo».*

El párrafo no podría ser más desolador. Por mucho que en el preámbulo se jacte de promocionar la salud mental y las opciones vitales de cada individuo, a la hora de la verdad, la política socialdemócrata solo puede hacer gala de su impotencia. Las circunstancias siempre la superan, así que en lugar de anunciar una medida y ser determinante, se ve obligada a navegar entre «posibilidades» y «tendencias». Estas herramientas conceptuales le permiten mantener una *distancia* prudencial respecto al objeto al que hacen referencia. «La importancia de la salud mental», «invertir en salud mental», etc. Cada eslogan agota por sí mismo todo contenido diferenciado. Las reivindicaciones llegan a ser tan huecas que pueden reducirse a una tautología muy burda: la salud mental es buena porque la enfermedad mental es mala. Del círculo autorreferencial salud-enfermedad resulta imposible extraer información alguna.

¿Respecto a qué se está distanciando el discurso de la salud mental? ¿Cuál es el contenido subyacente? Al hablar en términos de lo que hay que conseguir —la buena salud mental— se puede eludir la caracterización de aquello que ahora sí está —el sufrimiento psíquico—. Esto permite esquivar dar cuenta de cómo se ha constituido dicho sufrimiento, lo que también obligaría a adentrarse en el oscuro mundo de la locura y sus determinaciones. En lugar de ello, la socialdemocracia se limita a hacer con este concepto lo que en el plano más general hace vía Estado: pugnar por el reconocimiento político de ese sufrimiento o locura. La frase suena mucho más bonita que su significado, pues la manera en la que la democracia vulgar funciona y mantiene a la burguesía en el poder es afianzando al proletariado como factor productivo al que conceder derechos. Es la degradación del sujeto que se adueña de sus condiciones en calidad de objeto que sobrevive justo al resto de capital variable.

Dado que el reconocimiento allana el terreno para la autoconservación, la respuesta que da la psicología, tanto dentro como fuera de terapia, no responde a una necesidad de

cambio —de reconfiguración cognitiva, si se quiere— que se limita a satisfacer. Como en cualquier otra rama del mercado, la oferta antecede a la demanda. Lo que subyace se manifiesta cristalinamente cuando se deja de ver la técnica como algo neutro y se dirige la mirada al origen y motivación de esa técnica: es el modo de producción capitalista el que marca el ritmo, y es ese ritmo el que postula la verdadera necesidad que hay que satisfacer. La salud mental importa a nivel estructural, pero esta importancia debe deducirse de las relaciones concretas en las que se enmarca cualquier individuo respecto al todo, no de generalidades que hablan del bienestar a la manera ingenua del humanismo —un bienestar absoluto que sobrevuela por encima de las *razones históricas* que permiten hablar en primer lugar de bienestar o malestar—. La importancia está, pues, ligada íntimamente a la configuración de esa normalidad psicológica que venimos comentando. Un pequeño repaso a cómo ha sido su evolución nos permitirá seguir desgranando el papel que juega la socialdemocracia aquí.

## 2. SUBJETIVIDAD EN EL SENO DEL TRABAJO

Sin ánimo de pretender establecer una cronología exhaustiva del disciplinamiento de la conducta —principalmente porque ya hay estudios muy rigurosos, como pueden ser las obras de Rose que referenciamos a lo largo del texto o, a un nivel más amplio, *El nacimiento de la clínica* de Foucault, que se encargan de profundizar en la subjetividad y la enfermedad tal y como aquí se plantean—, baste para lo que nos ocupa situarnos en los albores de la psicología en tanto ciencia sistematizada. Esta somera recapitulación empieza aquí no por capricho nuestro, sino por lo ya adelantado en el análisis del concepto de salud mental: la génesis de la normalidad psicológica es indisoluble del proceso de producción y su mecanismo moldeador de la conciencia.

Desde los experimentos de Elton Mayo quedó instaurado el contrato por medio del cual cada mejora en la calidad de vida implementada tenía que ser proporcional al beneficio social que esta reportaba. Lo beneficioso era, hablando en plata, beneficio del capital. La evaluación psicológica cubría así la dimensión moral del sistema, con un gesto tan simple como pérfido: como lo bueno es lo funcional, y lo funcional es lo productivo, la vida individual mejora en tanto colabora en la reproducción social general. Y como tal reproducción tiene en su base la rúbrica del trabajo como sustancia del valor, el bienestar está necesariamente supeditado al mantenimiento de dicha base. Por eso cuando en debates actuales se trata de salvar el buen nombre de la psicología señalando a su «evidencia científica», implícitamente se está haciendo alusión, se quiera o no, al único vector respecto al que esta evidencia adquiere entidad, que no es otro que el de la ya mencionada dominación del sujeto en tanto objeto —una cosificación que es sinónimo de vivir enajenados, sin poder rector sobre nuestras potencias—. La evidencia, por tanto, *confirma* la efectividad de la sumisión. También así se comprende mejor el porqué de aquella máxima que enarbolaban Adorno y Horkheimer —*to be useless will then no longer be shameful*— cuando especulaban sobre una nueva sociedad: la inutilidad es, a ojos del capital, motivo de escarnio y alarma.

Retomando el hilo inicial, con la implantación del método taylorista de producción la psicología se forja como disciplina ligada a la organización de los trabajadores. Esta organización toma cuerpo como red de relaciones humanas donde los sentimientos y las actitudes se ordenaban en torno a la lógica de la fábrica. Lo que estaba en ciernes era la consolidación de la subjetividad del trabajador<sup>183</sup>, un trabajador que era mucho más reacio a responder a las imposiciones de la estructura formal de la empresa que a los intereses del grupo configurado informalmente en el seno de esta. La psicología, si quería llegar a moldear al individuo, tenía que hacerlo entonces *a través* del grupo informal.

183. «Hace tiempo que está demostrado que el trabajo asalariado ha conformado a las masas modernas, es más, que ha producido al trabajador mismo. En términos generales el individuo no es solo el sustrato biológico, sino a la vez la forma refleja del proceso social, y su consciencia de sí mismo como individuo existente en sí aquella apariencia de la que dicho proceso necesita para aumentar la capacidad de rendimiento, mientras que el individualizado tiene en la economía moderna la función de mero agente de la ley del valor. De aquí puede deducirse la composición interna del individuo en sí, y no meramente de su papel social» (Adorno, T.; *Minima Moralia*, excursus 147 [el subrayado es nuestro]).

184. «La comunicación se convirtió en un instrumento vital para realinear los valores de los trabajadores con los objetivos de la dirección, mediante la explicación de la situación, la aclaración de los malentendidos y la disipación de los temores y las ansiedades [...]. Con estas técnicas, la dirección podía crear la armonía interna que era condición de una fábrica feliz y productiva. Los pormenores del alma humana -las interacciones, los sentimientos, los pensamientos y las relaciones psicológicas del individuo con el grupo- habían aflorado como un nuevo campo de actuación para la dirección» (Rose, N.; *Governing the soul: The shaping of the Private Self* [traducción propia], Free Association Books, 1999, p. 72.

Para esta labor, tenía que vencerse la dicotomía clásica entre la dirección y los trabajadores, donde la primera se mueve por la lógica del coste-beneficio y la segunda por la de las relaciones interpersonales en su centro de trabajo. El alivio de los conflictos que dos visiones tan distintas provocaban se consiguió precisamente compatibilizando dichas visiones y haciendo de su antagonismo una *mera apariencia*. En el nexo de unión tuvo mucho que ver la protoversión de recursos humanos, los *personnel workers*, que se encargaron de mantener una relación personalizada con cada integrante de «la gran familia» para facilitar su adaptación en la organización<sup>184</sup>. El perfil psicológico fue así tenido en cuenta desde el primer momento, lo cual contraviene directamente las quejas recurrentes sobre la desatención de la salud mental por parte del capital. Lo que ocurre es que su interés consistía en la cohesión social que la división del trabajo industrial había fragmentado parcialmente, de manera que el individuo encontrara cobijo allí donde más útil resultase a la empresa.

Como compensación a la pérdida de una autoridad política o religiosa directa que dictase externamente sobre el devenir de la vida, la psicología se encargó de rellenar el hueco contribuyendo a que naciera de *dentro* del individuo la propia autoridad, de los deseos de autorrealización que le llevarían a aceptar de buena gana lo que era la fuente de su sometimiento. La subjetividad capitalista así conformada se alimenta de una dialéctica que encuentra en el trabajo, simultáneamente, la satisfacción y la frustración. La explotación del proletariado tenía como contraparte su desarrollo como clase, su abnegación era al mismo tiempo su característica más definitoria. El lugar que lo anulaba como sujeto también le proporcionaba un pedazo de identidad al que no podía permitirse el lujo de renunciar —y si debía haber o no renunciado a él es algo que no sirve de nada juzgar a posteriori—.

Esta fue, *grosso modo*, la tónica general durante la primera mitad del siglo XX. Como hemos visto, la normalidad psicológica se constituyó en una remisión constante a la constela-

ción del trabajo: toda su praxis giraba en torno a las demandas del capital intramuros, ya fuera de manera directa —la intervención terapéutica en el conflicto laboral— o indirecta —un ejemplo paradigmático fueron las diferentes asociaciones y sistemas de seguridad social que surgieron durante y posteriormente a los tiempos de guerra, políticas que estaban siempre acompañadas de su correspondiente retórica psicologizante—. Sirva como muestra de esto último un extracto comunicado por el ministerio de trabajo británico en 1942:

«La gestión de personal es la rama de la función de gestión que se ocupa principalmente de las relaciones humanas dentro de una organización. Su objetivo es el mantenimiento de esas relaciones sobre una base que, teniendo cuenta el bienestar de la persona, permita a todos los que participan en la empresa hacer su máxima contribución personal al funcionamiento eficaz de la organización».

Cabe mencionar que, en este sentido, la consigna que muchas veces se lanza desde ciertos sectores obreristas (a saber, «no necesitas un psicólogo, necesitas un sindicato») es, lo primero de todo, completamente anacrónica. La nostalgia de un espacio compartido activamente por miembros de la misma clase e íntimamente ligado a los factores que les hacían parte de esa clase —tanto la propia relación salarial como la pugna continua en la cadena de producción— se revela en este eslogan como otro testimonio más de la impotencia del reformismo: si los sindicatos no sirven ya ni para encuadrar masas en pro de la autodefensa, mucho menos para presentar un refugio alternativo para lidiar con el sufrimiento del proletariado.<sup>185</sup> Pero, además, la misma consigna presenta una dicotomía que, precisamente por ese carácter anacrónico, es sencillamente falsa. Como se desarrollará en el siguiente apartado, la evolución del modo de producción ha diluido la separación entre trabajo y no-trabajo hasta el punto de que ambas esferas pueden convivir en una relación de perfecta retroalimentación, actuando como correas de transmisión ideológicas, cada una desde su parcela de poder, dentro y fuera de la fábrica.

185. Tal sufrimiento es íntegro y directamente proporcional al carácter universal de su desposesión. Las lentes economicistas solo ven la miseria que proviene inmediatamente de la contradicción capital-trabajo, lo que les imposibilita de principio no solo para cualquier tipo de transformación, sino para ver siquiera más allá de la lógica de reproducción capitalista.

186. Nos apoyamos principalmente es los análisis de la relación de clase realizados por los grupos que orbitan en torno a la idea de comunización, cuya periodización, pese a no ser única, coincide en señalar esta última fase a la que nos hemos referido como la de la capitulación de una apuesta programática que tenga como fundamento la positivación de la clase obrera —al contrario que esa sensación generalizada de creación de comunidad y afirmación de la misma que hemos comentado en el anterior epígrafe—. No obstante, el concepto de subsunción empleado por algunas de esas corrientes para periodizar estas distintas fases de la reestructuración capitalista no está exento de polémica, como se puede ver en Historia de subsunción de Endnotes 2, al cual nos remitimos. Como no es interés de este texto entrar en estas disquisiciones, baste recalcar que aquí subsunción se usa para expresar la idea de la dominación del universal al particular mediante la subordinación de este a su lógica. La violencia implícita en este proceso es lo que nos va a servir para conectar con el control análogo de la conducta.

187. Aunque esta es una tesis arriesgada, pareciera que ese antiguo apego de aire sindical se hubiera trasladado a las partes altas del trabajo asalariado, donde la identidad vendría más determinada por una cuestión de estatus que por la sensación de pertenencia a

### 3. SUBJETIVIDAD EN EL SENO DE LA VIDA

Hacia el último tercio del siglo XX empieza un progresivo cambio dentro del proceso de producción, en el que la relación capital-trabajo sufre una reestructuración que empieza a fraccionar la ineludible conexión entre ambos polos. Tras la época convulsa de guerras y revoluciones, el capitalismo maduro y plenamente internacional empieza a prescindir de la fábrica como su bastión de valorización por antonomasia: la lucha obrera contra la patronal seguirá existiendo y teniendo sus repuntes de importancia, pero se da un punto de inflexión donde la posición de centralidad que antaño tenía esta fricción —y que, consecuentemente, *perfilaba* el resto de las luchas y creación de frentes de resistencia— se vuelve cada vez más superflua. Esta tendencia, motivada por una crisis del régimen de acumulación del capital que le impele a deslocalizarse y fragmentarse, se desarrolla en paralelo a una progresiva subsunción por parte de este de la totalidad del metabolismo social<sup>186</sup>, lo que implica, hoy más que nunca, que todo supuesto margen queda al alcance de su poder de influencia.

El desplazamiento descrito supuso un catalizador fundamental de la subjetividad de la clase obrera: la identificación de grupo tan fuerte que hemos analizado antes dejó paso al desapego más o menos espontáneo de todo lo relacionado con el mundo laboral. Salvo en el caso de las capas medias y arribistas del proletariado,<sup>187</sup> el autorreconocimiento en la actividad profesional empieza a ser cada vez más inexistente. No obstante, esta desafección se compensa con una movilización creciente en esferas distintas a la del trabajo, aunque siempre manteniendo una cierta conexión ineludible, como es el caso de la lucha por la vivienda o la cuestión racial. El lector podrá reconocer la actualidad de estas afirmaciones en cada micro-lucha que se lleva a cabo en los barrios de su ciudad.

Ante este nuevo escenario, la salud mental cobró renovada importancia. A pesar del debilitamiento generalizado de los

regímenes progresistas en toda Europa, ciertos resquicios de su buen hacer calaron hondo en la política neoliberal que estaba por venir. Aunque las prestaciones sociales fueran más reducidas, el sentimiento de urgencia respecto a mantener unos niveles mentales adecuados se mantuvo intacto. Esto provocó que si bien el Estado rara vez era el proveedor directo de los servicios —tanto clínicas e institutos privados como comunidades terapéuticas y centros de día llevaban a cabo, cada cual desde su propio marco teórico, la labor de control y contención propia del leviatán—, todas las formas sucedáneas de provisión cumplían con diligencia el mismo mandato social. La estructura mercantil tenía al Estado como mayoría principal y a todos los demás actores implicados como los minoristas de un producto cada vez más refinado y costoso.

Con la entrada del siglo, la tendencia se ha agudizado. Liberada de su dependencia inmediata de la cadena productiva, la salud mental se erige como sistema. La socialdemocracia ha sido la principal beneficiada de esta expansión porque en su programa de mínimos encaja perfectamente la promoción en abstracto de medidas de prevención de males a los que nunca jamás se va a acercar siquiera a solucionar. Pero eso es lo de menos, porque en la conciencia que naturaliza la enfermedad y el sufrimiento no cabe siquiera plantearse que las tragedias vitales puedan superarse. Hay que, simplemente, convivir con ellas como se pueda, y en ese juego de sucumbir a lo dado con la nobleza de un mártir la socialdemocracia se maneja como pez en el agua.

Que la salud mental es, ahora más que nunca, una máxima a la que sujetar el curso de la vida lo demuestra el incesante énfasis en su importancia que puede encontrarse en los lugares más insospechados. No es necesario un machaque mediático para forzar toscamente el interés, ya que hasta en la conversación más inofensiva entre dos amigos de toda la vida es bastante probable que aparezcan los lugares comunes de lo mucho que le ha ayudado la terapia o lo bien que le vendría a tal persona consultar a algún experto. Se da en este discurso

cierto tipo de comunidad. Cabe incidir en que la identidad está determinada principalmente por condicionantes objetivos que rigen al margen de la agencia individual. La identificación con el rol social que uno cumple en el contexto inherentemente coactivo del mercado es similar a la identificación que la persona enferma adopta frente a su diagnóstico. En cualquier caso, lo relevante aquí es la actitud ante esa imposición externa. Y en lo que concierne a las profesiones intelectuales o con una división del trabajo más marcada, quizás por un componente vocacional inexistente en los puestos más genéricos, la postura es completamente y proelitista.

moralizante una paradoja curiosa: propugna la necesidad ineludible de que cada persona sea evaluada psicológicamente y equipada con las herramientas adecuadas, consiguiendo así una calidad de vida mucho mejor que la actual. Pero si la terapia nace para neutralizar el conflicto, y si el estadio ideal pregonado alcanzaría su culmen cuando cada persona estuviera envuelta en la relación terapéutica, ese *mundo feliz* sería el de un perpetuo enquistamiento del conflicto. No habría conciliación posible, todo esfuerzo de superación llevaría a una nueva parálisis emocional.

Antes que su caricatura distópica, este discurso es endiablidamente coherente con la realidad capitalista. No hace falta mirar a futuros imaginarios, echando una vista alrededor se puede ver que no hay ni rastro de redención o de alguna especie de «equilibrio sano» o «condición normal». Debido a que el proceso de valorización del capital es por definición antagónico, el conflicto y la crisis, por muchos intentos de anestesiarlos que se hagan, *siempre están presentes*. La normalidad psicológica que ya conforma nuestra subjetividad barre bajo la alfombra cada uno de los problemas que dimanan de esta contradicción, así como sus potenciales soluciones. Pero entre las líneas del rótulo que reza «esto es lo que hay» se puede alcanzar a leer «no tiene por qué ser siempre esto».

Conviene acabar con un recordatorio a modo de conclusión. La crítica a la institución pública de salud mental aquí presentada, como la de la socialdemocracia en general, no comparte ni presupuestos ni objetivos con la postura conservadora que ve en el sufrimiento mental una excusa posmoderna. Tampoco, dicho sea de paso, con las propuestas liberales de mayor privatización frente a la ineficiencia sistémica del Estado. Quien solo vea un juego de suma cero aquí («si no se apoya una mejora pública de la salud es porque se está haciendo apología de su gestión privada») es porque, lo quiera o no, ha comprado de lleno la retórica naturalizadora del capitalismo, la cual solo da como alternativas lo que es concebible bajo las coordenadas lógicas de lo realmente existente.

No obstante, la realidad concebida así es pura mistificación. Entre la pugna de los capitales privados y el «capitalista colectivo ideal» existe un espacio que es real en tanto posibilidad inmanente. A ese espacio es el que apunta la crítica, cuya radicalidad reside en no ceder ante el chantaje de la inmediatez, del modo de producción actual y las consecuentes manifestaciones prácticas de su dominio. El discurso arremete contra la totalidad y no quiere salvar las opciones menos malas, principalmente porque eso acaba desembocando, como la socialdemocracia se encarga una y otra vez de demostrar, en concesiones ideológicas en favor de la reacción. Una negación tal, empero, no transige con el desamparo; muy al contrario, su traducción adecuada al terreno de la praxis revolucionaria (un terreno que poco a poco empieza a materializarse a través de las tesis socialistas que están generando movimiento en diferentes puntos del Estado) es la única opción que aspira a extinguir efectivamente un desamparo y sufrimiento que hoy nos atraviesan sin ofrecer tregua ni consuelo.